

Carlos Fernández Liria y Luis Alegre Zahonero, *Marx desde cero... para el mundo que viene*, Madrid, Ediciones Akal, 2018, 332 pp.

Si Marx tiene o no algo que enseñarnos acerca del capitalismo en su forma más actual es la pregunta con la que Carlos Fernández Liria y Luis Alegre Zahonero abren su última obra, *Marx desde cero... para el mundo que viene*. El título nos pone ya sobre la pista de que su respuesta será sin duda afirmativa: Marx tiene aún algo que enseñarnos, pero no porque su obra pueda o deba ser adaptada a los nuevos tiempos, sino porque los nuevos tiempos se adaptan cada vez más a ella, “al menos si no logramos evitarlo” (p. 6)¹. Negándose a dar la humanidad por perdida en esta etapa posfordista del capital –en la que el crecimiento económico de ciertos sectores está siempre condicionado a que muchos otros se encuentren una situación de precariedad permanente, en un sentido no sólo económico sino también humanitario y social– y reconociendo, por supuesto, al igual que Marx, que este comportamiento “suicida e injusto” no tiene que ver ni con su naturaleza (la humana) ni con alguna suerte de leyes inmutables de la economía o la historia, sino con la ley que rige un modo de producción históricamente localizado, el capitalismo, los autores se enfrentan a la teoría del valor y a las paradojas que Marx ya analizaba en *El capital*: cómo es posible que el gran desarrollo productivo propiciado por la Revolución Industrial implicara una situación de creciente miseria y no una radical mejora de las condiciones de vida y cómo esto pudo ocurrir, y puede seguir ocurriendo, en un marco legal que presupone la libertad, igualdad e independencia de toda persona en cuanto tal (p. 10). En definitiva, si la meta de *El capital* de Marx era la de aislar y sacar a la luz “en toda su pureza” las leyes que rigen el modo de producción capitalista –meta que bajo esta lectura se alcanza en los capítulos del Libro I dedicados a la acumulación originaria, entendiéndose ésta no como un mero complemento histórico a las tesis expuestas, no como una explicación de cómo se formó el capital sino de qué es esencialmente (pp. 144-182), el principal objetivo de *Marx desde cero* es contribuir a su clarificación, dar a conocer de nuevo esas leyes antes de que consigan operar sin las restricciones legales que, no obstante, hoy ya penosamente consiguen frenar sus consecuencias, “para evitar lo que hoy se presenta como un fatal desenlace” (p. 11). En este sentido los autores proponen una reelaboración crítica de las tesis ya presentadas en *El orden de El capital*, una de sus obras conjuntas anteriores, en el marco de una “lectura republicana de Marx” alejada de la ortodoxia marxista que les permite, a un mismo tiempo, recoger el testigo de la Ilustración y establecer una radical separación entre la esfera del capitalismo y el proyecto emancipador ilustrado.

Partiendo de que según el propio Marx, en el Prefacio del Libro I de *El capital*, el objetivo que persigue es “sacar a la luz la ley económica que rige el movimiento de

¹ Las referencias a la obra que reseñamos serán indicadas únicamente con el número de la página entre paréntesis. Cualquier otra referencia se introducirá a pie de página.

la sociedad moderna”, y en línea con títulos como *La filosofía de “El capital”* de Felipe Martínez Marzoa² –aunque quizá los puntos de disenso entre ambas obras sean más numerosos–, los autores proponen, como primer paso para esclarecer esta ley, una reflexión sobre lo que denominamos “modernidad” o “sociedad moderna”: “La sociedad moderna es, por un lado, la sociedad capitalista. Pero la sociedad moderna es también el proyecto político de una república de ciudadanos, de una sociedad construida a partir de la argumentación y la contraargumentación del poder legislativo. (...) Y se trata también de una sociedad en la que, como dicen las primeras líneas de *El capital*, la riqueza en general aparece como una «inmensa acumulación de mercancías», una sociedad que respira, podríamos decir, a través del mercado” (p. 15). Localizan, por tanto, eso que se ha dado en llamar modernidad en el punto en que convergen los ejes Capital-Mercado-Derecho, deslegitimando así la estrategia liberal que pretende arraigar en la esfera de lo mercantil-capitalista los pilares sobre los que se asienta el Estado de derecho. Tal y como apuntan, si derecho y capitalismo fueran las dos caras de una misma moneda (moneda que sería la modernidad), no podríamos abolir el uno sin renunciar al otro. No obstante, los autores no dan por perdido tan sencillamente el proyecto político Ilustrado de emancipación y apuestan, al contrario, por deslegitimar la ideología liberal que intenta sacar provecho de “esas construcciones teóricas que constituyen, sin duda, grandes conquistas del espíritu humano” (p. 18), llevándose también por delante a la gran parte de la tradición marxista que dio por válido su argumento. En este sentido les parece fundamental dejar claro que el capitalismo no es el culmen de la modernidad, ni siquiera su continuación natural, sino aquello que trunca su proyecto civilizatorio.

En esta lectura de *El capital*, en la que no sólo se intenta salvar el derecho sino también el mercado, Marx aparece como heredero de una tradición ilustrada-republicana en tanto que, según mantienen los autores, fue siempre consciente de que entre las condiciones de producción capitalistas y el proyecto político de la Ilustración había una contradicción insalvable: “Toda la tradición republicana se negó siempre de un modo tenaz a desconectar la cuestión de los derechos y las libertades de la cuestión de las condiciones materiales para su ejercicio” (p. 33). En el intento de irrationalizar esa pretensión liberal, ya mencionada, de fundar las leyes del modo de producción capitalista en los principios básicos sustentadores del Estado de derecho, se reflexiona sobre los límites de la noción liberal de ciudadanía que, por estar sometida a la “ficción jurídica” desde la que la sociedad moderna se comprende a sí misma –sin la que no podemos pensar la aparente armonía entre capital y Estado de derecho–, permite la inconsistencia de llamar “propietario” a aquel que depende de su fuerza de trabajo –su única “propiedad”– para sobrevivir, esto es, permite la inconsistencia de llamar ciudadano libre (e igual al resto, igual incluso a los poseedores de los medios de producción) a aquel que es esencialmente dependiente en tanto que su subsistencia depende por completo de la lógica del mercado de trabajo (p. 36). Este modo de entender la ciudadanía se contrapone a la concepción ilustrada de esta misma en la medida en que, como ya adelantaban los autores, todo pensador ilustrado advirtió que para asegurar la “ciudadanía” no son suficientes la igualdad y libertad formales, sino también la garantía de los medios de subsistencia materiales de todo individuo.

Desde esta posición se enfrentan a la teoría del valor e interpretan qué relación hay entre los dos ciclos o equilibrios fundamentales de *El capital*, el M-D-M’ y el

² F. Martínez Marzoa, *La filosofía de “El capital”*, Madrid, Abada Editores, 2018.

D-M-D'. Los autores no toman el paso de un ciclo a otro precisamente como un "paso", como una evolución –ni a nivel teórico (págs. 74-78) ni histórico ("la sociedad feudal era cualquier cosa menos una sociedad de mercado progresivamente generalizado" p. 147)–, sino como un cambio radical de terreno: "Lo que Marx está diciendo, en verdad con mucha claridad, pese a que el tono irónico con que se expresa le haya jugado una mala pasada, es que, una vez sentado el concepto de valor y la ley de intercambio de equivalentes de trabajo que rige el ciclo M-D-M', no se puede dar *ni un solo paso deductivo* más que nos lleve al ciclo D-M-D'" (p. 80). Demostrando que efectivamente el segundo ciclo *no se sigue* del primero ni en un sentido deductivo ni en un sentido dialéctico –y distanciándose así, de nuevo, de gran parte de la tradición marxista, que tomaba esta "escapatoria dialéctica" a partir de la que intentaban deducir cosas que es contradictorio deducir (pág. 77)–, los autores señalan que lo que ocurre en el "paso" de un ciclo a otro no es un proceso continuo sino una mutación por la cual el mercado deja de comportarse como un esclavo, como un instrumento, para erigirse como el amo que impone sin restricción la lógica de la acumulación y la ganancia ilimitada a todo ámbito de lo social y convierte todo aspecto vital (es decir, no ya sólo a cualquier cosa, sino también a cualquier persona y relación) en algo mediado por la lógica mercantil y esencialmente dependiente de ésta.

En definitiva, el lector encontrará en *Marx desde cero* a un Marx alejado de los parámetros perfilados por la ortodoxia: un Marx no dialéctico que se ocupa de descubrir el movimiento que rige la sociedad moderna –una época histórica en concreto, delimitada espacial y temporalmente–, para desentrañar así la ley del capital en toda su pureza, pero que no busca delimitar las leyes que rigen la historia (p. 301); un Marx cuyo objetivo político no sería instaurar una vida socialista o comunista, sino garantizar las condiciones materiales necesarias para la consecución del "reino de la libertad", esto es, un Marx que reconoce que el control democrático de la economía es una condición previa y necesaria, pero no suficiente. La redistribución, el control racional de la producción, el desarrollo de las fuerzas humanas, etc. no son un fin sino un medio para conseguir lo que sí sería un fin en sí mismo: "la ciencia, el arte, el derecho, esas cosas de las que siempre, desde Platón, ha dado testimonio la historia de la filosofía y que tienen que ver con eso a lo que llamamos verdad, justicia y belleza. A partir de ahí, los imperativos de la necesidad serán sustituidos por los imperativos de la dignidad; la necesidad de vivir por la posibilidad de vivir una vida buena, una vida digna; es decir, lo que el proyecto de la Ilustración, heredera de la filosofía griega, consideró el proyecto fundamental de la vida política republicana" (p. 25).

María Victoria Pérez Monterroso